

Antonio de Ciudad Real

“De cómo llevaron al padre Ponce a curar a la Puebla de los Angeles, donde entregó al padre comisario los papeles que tenía, y sanó de aquella enfermedad”

p. 390-391

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

[CAPÍTULO CLXV]

*De cómo llevaron al padre Ponce a curar a la Puebla de los Angeles,
donde entregó al padre comisario los papeles que tenía,
y sanó de aquella enfermedad*

Estaba tan fatigado y peligroso el padre fray Alonso Ponce en Tecamachalco, que a todos los frailes y españoles seglares de aquel pueblo movía a compasión, y cada uno (como dicho es) acudía con su remedio y medicina, deseando verle sano y libre de aquella enfermedad tan penosa; pero viendo los frailes que nada aprovechaba, acudieron al padre comisario a pedirle que le hiciese luego llevar a la Puebla de los Angeles, pues allí había enfermería, médicos y medicinas, con qué poder ser mejor medicinado, encargándole sobre esto la conciencia y que mirase que a él echaría todo el mundo la culpa si el padre Ponce se moría en aquel pueblo, pues no quería enviarle a donde le podrían curar. Visto esto por el padre comisario, no obstante que tenía primero determinado que el padre Ponce no pasase por entonces de Tecamachalco, y que allí se curase por no desabrir al virrey, a quien en ello daba gusto, y por evitar dichos de frailes mal intencionados, que no querían que fuese a la Puebla, ni se vieses con el obispo de Tlaxcalla, lo cual aun el mismo comisario también quería según lo daba a entender, creyendo lo que los frailes sobredichos sobre esto le decían; con todo esto viendo la necesidad tan urgente y el peligro tan manifiesto, y temiendo lo que a él se le podría imputar si allí muriese el padre Ponce, determinó de dar licencia para que le llevasen a la Puebla, y así lunes diez de marzo, entre las nueve y las diez de la mañana le hizo poner en unas andillas cubiertas con una frazada, y que a hombros de indios le llevasen, porque de otra manera era imposible. Salió así de Tecamachalco, y andadas muy despacio tres leguas con un sol que abrasaba, llegó ya tarde al pueblo y convento de Tepeaca, donde se detuvo hasta que se puso el sol; y a aquella hora salió de allí, y andadas otras tres leguas llegó a las diez de la noche al pueblo y convento de Amozoc, donde estuvo lo restante de la noche muy fatigado, como también había estado por todas aquellas seis leguas, sin querérsele aflojar un punto el dolor.

Martes once de marzo alto el sol, salió de Amozoc, y andadas otras tres leguas pequeñas, llegó a medio día en punto a la cibdad y convento de la Puebla de los Angeles, lleváronle a la enfermería, y cuando en el pueblo se supo su llegada, todos generalmente se holgaron; otro día le fue a ver el obispo y toda la gente principal, así eclesiásticos como seglares, mostrando los unos y los otros grandísimo contento de ver volver a aquella cibdad al

que con tanta violencia y injusticia habían della sacado, aunque por verle tan enfermo, flaco y debilitado, sentían pena notable temiendo no muriese; pero fue nuestro Señor servido, que con buenas curas que le hicieron y medicinas que le aplicaron, así por la boca como por abajo, y con fomentaciones en la misma ijada, en poco tiempo se le quitó aquel dolor tan agudo, más quedó en los puros huesos y como descoyuntado, sin poderse tener en pie ni aun casi menearse.

Estado allí enfermo llegó el padre comisario, y por un auto le mandó, por obediencia y censuras, que le entregase todos los papeles que tenía de su oficio contra frailes, y que si tenía qué pedir contra alguno, lo pidiese, que estaba presto de hacer justicia; él, por mano de su secretario, que también estaba enfermo, aunque no en cama, le entregó los procesos que tenía, así tocante a frailes y negocios particulares, como los que pertenecían al provincial y difinidores pasados y a las excomuniones en que habían incurrido, y recibió testimonio de haberlos recebido firmado de su nombre. Dióle asimesmo a su ruego e instancia un memorial que le sirviese de luz y guía para proceder en los negocios pasados de tanto peso, diciendo al fin dél que no tenía qué pedir contra nadie, antes de nuevo perdonaba a los que le habían hecho ofensas personales, y pedía que contra ellos no se hiciese información; y porque el padre comisario se iba a México, dejó recado al padre Ponce para que en estando para poderse poner en camino, se fuese a convalecer a Tlaxcalla, y a los conventos de aquella comarca, llevando en su compañía a su secretario, al cual también había mandado que también le acompañase en el viaje de España, como después lo hizo, proveyendo asimesmo y mandando que un lego de aquella provincia de México viniese también con él a España, sirviéndole, y también dio casas en que morasen los demás frailes que le acompañaron desde Yucatán, procurando consolarlos por respecto del padre Ponce.

[CAPÍTULO CLXVI]

De algunas cosas que se decían del nuevo comisario y otras del padre Ponce, y cómo se fue a Santa Bárbara de los descalzos

Era tanta la pasión de algunos frailes de la provincia de México, y tan malas sus intenciones, que con haber pasado realmente lo que queda dicho y mucho más de la enfermedad del padre Ponce, se atrevieron a decir y publicar que la había fingido, por sólo ir a la Puebla y verse con